

quiza nombradas por los eruditos.

Los años que siguieron al 1521 en que se consumió la obra de la conquista, coincidieron con los tiempos del fervor renaciente en Europa. El horizonte se despejó por todas partes y dejóse ver inmenso, grandioso. A la voz del inmortal Colón, un nuevo mundo surge de las aguas y Europa lo ocupa para colonizarlo, civilizarlo y explotarlo en todos sentidos. Poseedora del maravilloso invento de la imprenta, rica con los inestimables tesoros científicos y artísticos que heredara de la sabia antigüedad. Estos fueron también los tiempos en que la filosofía escolástica, en parte injustamente, y en parte saludablemente combatida, se resolvió a corregir los defectos en que había incurrido, a depurarse, a restaurarse.

Ya sabemos que los mejores teólogos y filósofos españoles de esa época se condujeron con prudente sobriedad en punto á

ideas renacentes; podría atribuirse, lo hemos visto escrito en alguna parte, á la natural resistencia de un sistema, de algún modo envejecido en las escuelas y combatido con los ingenios; pero, ¿por qué no hemos de dar su legítimo participio á la disolución y al buen sentido? Aquellos sabios escolásticos querían la luz de la razón sin las tinieblas de las pasiones que empujaban á excitarse por el orgullo: adoptaban con entusiasmo los buenos y evidentes servicios del nuevo rumbo que se daba á los estudios filosóficos, pero lógicos ante todo, evitaban cautos los perjudiciales exageraciones: comprendieron que la escolástica, tal como se estudiaba, debía corregirse, levantarse á la altura de sus mejores tiempos, volverle el vigor, la robustez, la lozanía, los atractivos de su juventud, pero no condenarla al desprecio, no relegarla al olvido, no empujarla al sepulcro.

¿Al fin el medio racional

en que supieron colocarse y conu-
varse los escolásticos españoles; de
ellos dice un estimable escritor: For-
móse entre otras una escuela, que
se atrae nuestras simpatías, por
las pruebas que siempre dio de
moderación y buen sentido. Aman-
te de la verdad y de lo bueno, don-
dequiera que se hallasen, buscába-
los en las antiguas tradiciones y en
las nuevas doctrinas, evitando así
se proceder exclusivista tan perju-
dicial en los estudios filosóficos.

Los primeros profesores que
hubo en México, recibieron su edu-
cación literaria en España, fueron
seguramente testigos de algunos
trabajos emprendidos en pro del
renacimiento, presenciaron y am-
quiza tomaron parte en las lu-
chas de escuela y fueron á su tiem-
po importadores de la ciencia, del
arte y sus progresos, en el nue-
vo mundo. El clasicismo latino
tuvo su digno representante en
el célebre Francisco Cervantes Sala-

(1) Fr. Marcelino Gutierrez, "Fr. Luis de León y

razó á quien algunos con fundamen-
to han creído discípulo de Luis
Vives; y la escolástica reforma-
da tubo, si no su primero, si
su principal representante en
Fr. Alonso de la Veracruz, á
quien dedicaremos especial capi-
tulo.

Bastaban estos dos insignes
varones, maestros fundadores de
la Universidad de México, para
que este establecimiento desde
sus orígenes fuera renaciente.
De seguro que gustaron de susci-
tar y ventilar también aquí
las cuestiones que se planteaban
en Europa.

No hay que dudar de que
debieron agitarse con ardor en
nuestras escuelas, las ruidosas
disputas relativas á la gracia
y que no eran cuestiones ini-
camente teológicas sino que, des-
de las clases de filosofía se en-

pejaba á trabajar por la conciliación del influjo eficaz ó suficiente de la causa primera y la libertad de las causas segundas. Muy temprano ~~temprano~~ tuvimos á los sabios dominicos, no muy tarde llegaron los padres jesuitas y no nos faltó un discípulo "querido y aprovechado" del P. Gabriel Vazquez en el ^{re}mercediano Fr. Pedro Felis. (1)

III.

La filosofía moderna.

Puede asegurarse que la filosofía moderna hizo su solemne aparición en México con la obra del P. Gamarra, intitulada "Elementa Recursionis Philosophiae" impresa en México el año de 1774. Decimos, "aparición solemne," porque era ya en las mismas escuelas y á la faz de todos una especie de rompimiento franco ~~en~~

(1) Véase, Biblioteca Hispano-Americana septentrional de Boissain.

contra la escolástica y la preferencia decidida por los estudios experimentales.

Hay que advertir, sin embargo, que estos estudios eran ya muy meda corriente en nuestras principales escuelas, pues los estudios habíanse reformado de modo favorable á las ciencias físicas, e iban teniendo un gigantesco empuje merced á los nuevos e interesantes escritos del célebre y laborioso P. Alkate. El P. Clavigero, simpático y estimadísimo historiador de México, había escrito un "Cursus philosophicus diu in americanis gymnasiis desideratus." (1) No hemos tenido la satisfacción de conocer esta obra, pero el saber, el talento y buen juicio del autor nos hacen presumir su no vulgar importancia. Cursos filosóficos, en general, no nos falta-

(1) Boissain, en su Biblioteca H. A. S. hace mención de esta obra que no llegó á publicarse.

ban, supuesto que algunos mexicanos había impresos, y corrían entre profesores y estudiantes, los libros de filosofía que venían de la Península: faltaba, empero, un nuevo curso que se adaptara á las exigencias de los tiempos, que hiciera oportuno uso de los nuevos métodos y que hiciera su debido valor á la experiencia.

La obra del P. Gamarra "Elementa Recentioris Philosophiae" fué saludada con general aplauso. De orden del Virrey D. Antonio María Bucareli, censuró la obra el Lic. D. Joaquín Velázquez de León que había sido Profesor de Matemáticas en la Universidad, el cual expresa su opinión y parece diciendo que es, "una filosofía, que merece bien este nombre"; que "este método de enseñar filosofía conviene mucho con el verdadero, que han deseado siempre los autores de mejor doctrina y gusto."

El famoso Dr. D. José Ignacio Bolache asegura que no solamente leyó la obra con atención, sino que se fijó en cada una de sus palabras, y elogia la diligencia del autor, su acierto en la elección de materia, método y brevedad que servirán ^{para} la recta formación de la juventud.

El sacerdote oratoriano D. José Enriquez, Catedrático de Sagrada Teología en el Colegio de S. Miguel, elogia con entusiasmo al autor y al libro y antes de terminar, pone estas notables palabras: "Dejen pues, varones por otra parte respetabilísimos, de llorar sin cesar las ya sepultadas summulas las categorías y el caído árbol porfiriano como si se hubiese arruinado la república, ellos y los suyos, la religión y la patria." Tales expresiones no poco enérgicas, á la vez que transparentan la reforma llevada hasta el extremo de curar,